

JUAN DE MENA Y JUAN DE MESA, DOS VIDAS ADMIRABLEMENTE PARALELAS

SEGUNDO GUTIÉRREZ DOMÍNGUEZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Cursaba quien os habla el último año de la carrera sacerdotal y misionera en Zafra. Los claretianos estuvimos durante un siglo en esa bonita ciudad de Badajoz. Entre mis compañeros de Teología, nos dedicábamos algunos, en los ratos libres, a escauceos literario musicales. A mí se me encargó una reseña sobre la vida y obras de Juan de Mena. Supe entonces que era de vuestra tierra. Esto constituyó, en cierta manera, mi primer encuentro con Córdoba. Creo, sin embargo, recordar que, de niño –tendría ocho o diez años– me ilusionaba plasmar en el papel lápices y tintas, la Mezquita, cuyas columnas y arcos de herradura me parecían pintados de mil colores.

Por reflexiones posteriores y sentimientos reflejos, la realidad de Córdoba se ha ido espejando en todo mi ser.

¿Quién iba a decirme a mí que años más tarde, no muchos, me había de encontrar de lleno con tan entrañable y distinguida dama?

El año 1963, estando de prefecto de postulantes misioneros en Loja (Granada), el P. Eladio Riol, al que muchos conocéis, provincial de la Bética en aquel tiempo, un día, de improviso, me sorprendió: “¿Qué pensaría Vd. si le dijera que está destinado a Córdoba, como superior de San Pablo?”. Impelido por lo inesperado y casi absurdo de la proposición, respondí: “Pues que algún ataque raro le habría dado a mi provincial”... Esto era en Semana Santa.

El 27 de junio, mi día, de aquel mismo año, ya me hallaba en Córdoba definitivamente. Para no dejarla jamás.

Soy empedernido soñador. Y voy a contaros el sueño que en Córdoba me introdujo y afincó desde hace 30 años.

Entraba yo aquel junio del 63 por el Campo de la Verdad, y me transía un calor auténtico, como la verdad misma. Venía de Granada; y divisé dos personajes, de distinto siglo, a juzgar por los atuendos, entretenidos en animada conversación. Me atreví a interrumpirlos:

– Santos y buenos días, hermanos. Con sol agobiador, por cierto.

- Como a nuestra tierra conviene, me contestaron; y eso desde tiempo ha.
- ¿Sois cordobeses?
- De pura cepa.

Les insinué si querían concretarme algo de su vida y del convivir de su hermosa ciudad, tan renombrada.

– Con auténtico gusto, pues los dos somos apasionados amantes de nuestra tierra.

Y desglosaron algo de su vida y obras. Fue el primero en explicarse el más antiguo en edad, y el que más avatares había gozado y padecido.

– Mi nombre es Juan de Mena. Si oteas el ambiente palaciego y los aires de la nobleza, y el fino conversar del pueblo español del siglo XV, has de hallar mi nombre por muchos recintos y mentideros. Nací en esta ciudad, que –no por fama de sultana en centenares de años, ha logrado olvidar la cultura, el arte y el pose romanos–.

Ni yo mismo me acuerdo de mi infancia, totalmente anodina y oculta en los recovecos de estas calles, en el hormigueo de tantos niños, en el monótono pasar de nuestras horas. Desde el 1411, año en que nací, hasta el 1434, en que hice mi primer viaje por castellanas tierras (a Salamanca justamente), sólo sabría decirte vaguedades. Algo cierto y doloroso sé decirte: quedé huérfano muy niño.

De dónde soy, con orgullo muy sano se lo dije al mismísimo Rey Don Juan II: “Vengo yo, vuestro humill siervo y natural..., non de Etiopía, con relumbrantes piedras; non de Asiria, con oro fulvo; non de Africa, con bestias monstruosas y fieras, mas de aquella vuestra caballerosa Córdoba”.

– Bien te explicas, le interrumpí. Y me alegra haber topado con tan alto personaje. En mis pocos estudios sobre ti me he convencido de que fuiste lumbrera de aquel siglo. ¿Y tu compañero, que parece poco hablador y sí muy buen oyente?.

– En efecto, amigo, yo fui siempre hombre silencioso, y atento más a cuanto puedo ver y palpar que a las lides de la poesía. No tuve nunca buena salud y amasé mi existencia en trabajos más manuales y táctiles, con gran dosis de sacrificio. Esto me valió para condolerme del dolor ajeno y para suavizar un tanto la pena de mis semejantes.

Nací, como mi homónimo Mena, en Córdoba. Tengo más referencias de mi niñez que él, aunque no muchas. Pertenezco a la parroquia de San Pedro, donde fui bautizado el 26 de junio de 1583; nacería unos días antes, siglo y pico más tarde que nuestro poeta. Mi madre se llamaba Catalina y mi padre Pedro, muy aficionado a la pintura. También, como mi compañero, fui de ellos huérfano en muy temprana edad. Por eso mi abuelo, que era pintor, fue quien me introdujo en el mundo del arte, llevándome como aprendiz a casa de un escultor amigo suyo, Don Francisco de Uceda. Junio fue mi mes. Y mi nombre completo: Juan de Mesa y Velasco.

– Pues, ¡qué coincidencia! intervine; yo nací un veintisiete de junio, casi cuatro siglos más tarde, en 1932. Me pusieron de nombre José Segundo, así por duplicado, aunque nunca me llaman por el primer nombre, que de seguro se me impuso por la gran devoción que mi padre –carpintero del pueblo– tenía a San José, patrón de todos ellos.

Vengo del noroeste de España, amasado con sangre celta y romana. Mi pueblo, Bretó de la Ribera, diminuto y desconocido, bebió siempre las aguas del Esla, río límpido y sereno, de abundoso caudal, poblado por aquel entonces de ricas truchas y jugosas anguilas. A sus orillas se asoma la villa de aquellos contornos, Benavente. (Las malas lenguas dicen “Benavente, buena villa y mala gente”, pero –pienso yo– que es frase hecha por quienes no nos conocen; a los que responden los que nos han tratado: “quien eso dice, miente”...).

Benavente es la cabeza de partido de mi pueblo. Brilla por su historia, su feria, su arte sobrio y de corte románico o medieval, por su emulación con Zamora, la capital. De Benavente era, al parecer, Fernando III, el Santo. De allí trajo hasta vuestra sierra (Ntra. Sra. de Linares) una imagencita de la Virgen, en el arzón de su caballo; esta diminuta talla estuvo metida dentro de otra escultura de mediano formato de la Inmaculada.

(Bretó de la Ribera está al lado de Benavente, a donde me llevaba mi padre –cuando yo a penas sabía andar– a comprar herramientas; que las maderas las compraba en Salamanca. Salamanca, como tú pudiste comprobar, Juan de Mena, posee un arte excepcional: fue la primera capital a donde me llevó mi padre, en la feria de San Mateo; él compraba buen acopio de diversas maderas. A mí me llevaba para operarme de la garganta.

Me sucedieron dos cosas: de la operación, quedé siempre con la voz un tanto oscura y bronca; de la vista de los monumentos quedé impresionadísimo, pues me parecían hechos en oro macizo: tenía yo entonces ocho años. Más tarde me daría cuenta de que en mi tierra zamorana abundaba el arte, y que era una de las más notorias en el románico, y la primera en tener una iglesia visigótica del siglo VII: San Pedro de Nave).

Pero, perdonadme tal digresión. Hablad vosotros de vuestra famosísima Córdoba.

– Dejo mi turno, dijo Mena, al ilustre imaginero, cuyas tallas han visto todas las calles y rincones, y sabría labrarte su ciudad como un ángel. Pero, permíteme repetirte unos versos donde me excuso de las loas que a mis gentes pudiera, con hartas razones, dedicar:

“Oh flor de saber y de caballería,
Córdoba madre, tu hijo perdona,
si en los cantares que agora pregonan
non divulgare tu sabiduría:
de sabios valientes loarte podría
que fueron espejo muy maravilloso;
por ser de ti mesma, seré sospechoso,
dirán que los pinto mejor que debía”.

– Pues podrías haber cantado de verdad las auténticas glorias de los tuyos, y con gran acierto. Ya que tú nos enseñaste, tampoco aquí hablaremos de ellos; sería prolijo y expuesto a innecesarias y enojosas omisiones, ocasión habra para ello. Ahora me conformo con que me expliquéis algo de vuestra vida y de vuestro abundante quehacer. Y, antes, Juan de Mesa, narra algo, en compendio y brevemente, de tu Córdoba amada.

– Acabamos de salir, comenzó el escultor, del Campo de la Verdad, atravesamos el Guadalquivir sobre el puente romano, pisando piedras centenarias, milenarias, quizás. Ahí tienes, amplia, radiante, monumental, la Mezquita, coronada ya por el último tramo de la torre que mandara edificar Fernando el Santo. Subiremos a ella, y, con mi parquedad acostumbrada, referiré los encantos de mi tierra. Recuerdo las palabras y los sentimientos de compañeros míos en la talla, que vinieron de tierras castellanas: Juan Bautista Vázquez “el Viejo” y Jerónimo Hernández, los dos abulenses; y también de los discípulos míos de tu tierra que me hablaban embebidos de esta su segunda patria. Son palabras de Jerónimo: “La calma y el señorío de esta Sultana –romano-cristiana–, al topar un desconocido con ella, oculta el interior de su trabajo febril, de su tesonero afán de mejorar, su secular sapiencia sin alardes, su estoicismo bautizado y amable. Ella ha visto y saboreado contrastadas generaciones con rostro benévolo y acogedor, nada sujeto a excentricidades de gente crédula e incauta.

Es la intimidad sopesada de lo cotidiano, el saboreo de la auténtica sabiduría del pueblo; la carne y el hueso consistentes y seguros, con un alma de ángel, poeta y filósofo que no tiene desperdicio. “Y, recuerdo que, como a porfía, continuaba Juan Bautista Vázquez”: “Yo me pasaría horas y horas describiendo su campiña y su sierra; su centro urbano, desde su plaza y los altos círculos hasta el entramado de calles que se me antojan diseñadas a pincel y cincel; el trasiego de sus gentes, el hormigueo de la Corredera, del mercado, al amparo de la Virgen del Socorro, con los ojos más grandes y hermosos de la provincia; desde la catedral a la Fuensanta, o desde la iglesia del Juramento de San Rafael a las Ermitas”. “Cuánto podríamos decir –continuaban los dos, de su río Guadalquivir, que corre firme y certero llevando los encantos y saberes de la ciudad hasta el mar, haciendo brillar nuevos mundos... Sus patios interiorizan la piedad, el arte y el trabajo. Sus templos, desde la visigótica iglesia que yace en los fundamentos de la Mezquita, hasta S. Zoilo, S. Nicolás, S. Francisco o San Pedro y San Pablo están repletos de tesoros artísticos, tallados, engastados, pulidos, labrados por el constante, acendrado y fino trabajo cordobés. Córdoba entró en nuestro ser como un vendaval y se remansó como la playa del mare nostrum”.

Así me decían estos tallistas venidos de Ávila. Y continuaban echando piropos al pueblo cordobés que ellos juzgaban como gente curtida en la paz, la inquebrantable fe y el tesonero trabajo.

– Con gran atención te he escuchado a ti y a tus compañeros de arte y estudio. Y preveo que en mí va a entrar Córdoba como un ciclón, y ojalá quede tan transido de ella que nadie de ella me arranque, ni siquiera con tenazas.

Habíamos llegado, atravesando la Judería, pasando por las Tendillas, adentrándonos por S. Miguel y S. Zoilo, Capuchinas y Torres Cabrera, a la plaza del Cristo de los Faroles. Esperad aquí, les dije; es lugar a propósito. Mena, tu apellido, en griego quiere decir “quedarse”; el tuyo, Mesa, va a la par: sentémonos pues, y dejadme resumir a mí, en esta placita, los sentimientos que en mí han despertado vuestras palabras. Y me salieron desde lo más hondo estos versos:

Aquí un prodigio de calma / embriaga de albura y sol,
aquí un místico arrebol / hiende los senos del alma;

Córdoba pone en su palma / fuego, plata, paz, solera;
Virgen, ¡qué sementera! / de mágicos tornasoles:
el Cristo de los Faroles / cordobés, y tú plantera

Y ahora, seguid vosotros con vuestra vida y milagros...

Yo, dijo Juan de Mena, salí de Córdoba a los 23 años, rumbo a Salamanca, donde pude codearme con los intelectuales del reino. Tendría oportunidad de hacer amistad con el agudo y entrañable Marqués de Santillana, que, a veces animaba mi orgullo cordobés, serrano, con aquello de:

“Moça tan fermosa / non vi en la frontera,
como una vaquera / de la Finojosa...”.

De Salamanca marché a Roma, a reforzar conceptos literarios y aprender nuevas y peregrinas métricas, a estudiar innovaciones para ver si conseguía un lenguaje poético nuevo que pegara fuerte en las jóvenes generaciones. Cuando volví, impresionado por Dante, Petrarca y Boccaccio, estaba maduro para producir mis mejores obras.

– Pues yo, replicó Juan de Mesa, partí, a la misma edad que tú –23 años– para Sevilla; llevaba ya buen bagaje artístico, pero me apunté enseguida al taller de un alcalarreño excepcional: Alonso Martínez Montañés. Si éste era de Alcalá la Real, Jaén, había también otro jovencete, de Granada, llamado Alonso Cano, muy polifacético. Me bastaron pocos años para constituirme líder de una escuela y abandonar, no sin nostalgia, el breve aprendizaje con mi maestro. Sé que dejé en él tal huella y tal cariño que imitó a su discípulo en algunas ocasiones y no pocas obras mías a él se le atribuyeron.

Anduve ya solo y tuve a mi alrededor aventajados discípulos; entre los más sobresalientes, mi familiar Felipe Ribas.

Llegué a los treinta años y comenzó la época más febril y concienzuda de mi arte.

– Y ¿cuáles y cómo fueron vuestros amores?, interrumpí yo, algo curioso e impertinentemente.

– Yo, comentó Mena, aunque casado de adolescente con la poesía, tomé en matrimonio a una muchacha cordobesa, de bello talle y nombre y apellidos de nuestra campiña: Marina Méndez. Encajó muy bien conmigo y con mis versos. Fui feliz en cuanto cabe y expresé en mis coplas, aunque me faltó dejar un jirón de nuestro ser al mundo; me fui de él sin dar apellido a un hijo, pues no los tuve.

Otro amor mío fundamental fueron los clásicos latinos. Has de saber que Lucano, el jovencísimo y malogrado autor de la *Farsalia* era de Córdoba. Para lo corto de su vida, este sobrino de Séneca nos dejó un monumento excepcional de su épica vibrante en espléndidos versos. A Virgilio, con su sencillez bucólica, sus *Geórgicas* y su *Eneida*, lo tuve en gran estima, y recité –ya de jovencito– párrafos de sus obras; lo mismo me sucedía con Ovidio, el que labraba versos a cincel, lo mismo que mi amigo Mesa zurce los trozos de madera. Y, allá lejos, vislumbraba a Homero, padre de vates y literatos.

– Mis amores –se expresó Juan de Mesa– fueron parejas a los de mi poeta amigo. Después de mis años en Sevilla: siete estuve en la capital del arte más

sublime, me casé, a mis treinta años, con María de Flores; corría en año 1613. (Yo no andaba muy largo de dinero. Me afinqué en la collación Omnium Sanctorum. En cuanto me vinieron nuevos contratos, pasé, pagando 8 ducados mensuales, a San Martín; luego, a la collación de San Miguel, donde me sorprendió el final de mis días).

– Lo que me extraña grandemente, Mesa, es el olvido en que te tuvieron durante tanto tiempo... ¿A qué se debió?

– La causa fundamental –terció Mena– de todos los olvidos la llevamos dentro los españoles –y los cordobeses no son excepción– no valorando lo propio como sería lógico. Así lo canté yo en aquellos versos:

“Las grandes façañas de nuestros mayores,
la mucha constançia de quien los más ama,
yace en tinieblas dormida su fama,
dañada de olvido por falta de auctores”.

– Pero, al fin, continué yo, sabéis que las obras hacen ilustres a sus padres, y –tarde o temprano– los manifiestan. Así sucedió con vosotros. Tú, Mena, iluminaste el siglo XV; y tú, Mesa, parte del s. VI y el XVII. Y, pues obras son amores, contad algo de las vuestras.

– Juan de Mena: mi obra cumbre fue el por todos llamado *Laberinto de Fortuna*. Yo la llamé *Las Trescientas*, por tratar de que fuera ese el número de estrofas (octavas reales). Aunque debieran haber sido 365, como quería mi señor el Rey, para que pudieran compararse con los días del año.

Hice con mimo el poemita de *La Coronación*, encumbrando a mi amigo y coetáneo el Marqués de Santillana, en lo más alto del Parnaso. Fui pródigo en trabajos literarios y moralizantes como *Contra los siete pecados mortales* y otras consejas que caían de perlas en aquellos tiempos. Usé una diversa polimetría en mi *Claro-Escuro*; en “Al hijo muy alto de Hiperión”, se me notan los atisbos grecizantes; me atreví a traducir, para el monarca, la *Iliada*, que yo llamé *Homero Romanzado*. Derroché, sobre todo, múltiples y variadas métricas en cantidad de coplas que el pueblo recitaba; llevaban intenciones definidas y su punto de ironía, a veces sátira no encubierta, que en algunos ambientes pudo estallar en aquella frase de Las Coplas del socarrón cordobés. Algunas me atribuirían de otros, como aquella de

“Panadera soldadera / que vendes pan de barato
cuéntame de aquel rebato / que te sucedió en la vera”.

Pero mi intención fundamental fue siempre la de contribuir a la depuración de costumbres y elevación del lenguaje.

Hizo una pausa, dejando la vez a

– Juan de Mesa: mis obras son plásticas y difícilmente extraviables. Todas talladas en maderas consistentes y finas en cuanto había lugar. Varias en preciado cedro. Podría, de modo simplificador, dividir las en Nazarenos (Jesús llevando la cruz sobre sus hombros), Cristos (con la cruz de fondo, la maciza y bien trenzada

corona de espinas, unas de las cuales suelen clavársele en la frente, cejas y orejas), y con el paño sujetado con una cuerda alrededor de la cintura. Algunos Yacentes. Alguno Resucitado. Procuré tallar con especial ternura a la Madre del Redentor, fuera con El, de niño, en sus brazos, fuera sola, fuera apenas sosteniendo a Jesús muerto en su regazo, así, la renombrada –y con razón– Virgen de las Angustias, mi obra póstuma. Luego, labré varios Santos, puse particular empeño en San José caminando o enseñando a caminar al Niño Jesús; los Santos Juanes, no en vano llevo su nombre; Juan Bautista, cuyo rostro muchos pudieran pensar es el mío; Juan Evangelista; otros Santos, como S. Pedro, S. Ignacio de Loyola y algunos otros Santos Jesuítas; San Antonio, San Carlos Borromeo, San Ramón Nonato, etc.

– ¿Podéis detallar algunas de las más principales?. Por ejemplo, Mena, ¿qué es eso de tu *Laberinto*?. En los modernos días corren los aires de “La prueba del Laberinto” del Premio Planeta. ¿Va por ahí? ¿Había entonces premios de este tipo?

– No a las dos cosas. Mi propósito fue muy definido y con funciones doctrinales-poéticas.

Fui muy estimado en palacio. El rey, cuando de Roma volví con un gran bagaje literario-renacentista, me nombró “Secretario en Cartas Latinas”, y me nombró “Veinticuatro de Córdoba”, no poco estimable honor por entonces. A ciertas coplas laudatorias, me respondió el monarca, incluso en no despreciables versos. También el príncipe Don Pedro de Portugal pidióme obras, dedicóme elogios; y en una ocasión me dijo: “Vos de mí non dar loores, / mas recibirlos debéis...”. Tuve muy buenos amigos; entre ellos Don Enrique de Villena y el Condestable Don Álvaro de Luna. A sabiendas de esto, el Marqués de Santillana –que dudo tuviera relaciones tan estrechas y cordiales como yo con Don Álvaro– dijo de mí:

“Gran retórico elocuente
a quien la razón florida,
con reverencia debida,
se vos inclina humildemente...”.

Yo también le requebré: “Sois el que a todo pesar y placer facedes un gesto alegre y seguro”.

Viviendo pues en este ambiente, me vino la idea de escribir en versos doodecasílabos, en octavas reales, un tratado donde se elogiase la virtud, la valentía, el honor de los más grandes del reino; donde se loasen las buenas famas y se fustigasen vicios y desmanes de mi siglo. Como mi vida era austera, acaso pequé de duro. En mi interior detestaba la política de lo que ahora llamáis arribismo, del enchufe y la desmedida ambición. Acaso por fustigar tanto los vicios, no me incluyeron en alguna de las antologías de mi tiempo. No sufría las necias emulaciones y odiaba todo tipo de banderías que escindieran nuestra España. Me fascinó tanto la poesía y la dedicación a este mi poema principal que vio el mismo Marqués de Santillana que “me olvidaba de otros menesteres, incluso de comer y cenar”.

– Mesa, no quiero interrumpirte, amigo poeta, pero con tus palabras me traes a la memoria también mi vida morigerada, hasta piadosa y penitente. Leía yo con avidez el Evangelio y las cartas apostólicas; la doctrina del Concilio de Trento y a insignes hombres de espíritu, como Fray Luis de Granada, Ignacio de Loyola o la *Imitación de Cristo*, de Kempis. De ahí, dejando ciertas formas manieristas de mis coetáneos, saqué a la luz un barroco neto, delicado y expresivo. Como tú Mena, bien curtido y formado, aunque muy joven, usaste admirablemente la pluma, yo pasé muchos días y noches mordiendo con mis gubias cariñosamente la madera. Así pude llevar por las calles de la gran Sevilla y la profunda Córdoba las ideas de piedad, de dulzura y esperanza plasmadas en los rostros de Cristo Dios, de su Madre y de los Santos. Mis imágenes iluminaron no sólo a Sevilla y Córdoba, sino a algunos pueblos, como Vergara, en los Vascos, y La Rambla, en mi querida provincia.

– Ya sabemos en general vuestras obras. ¿Podrías dar más detalles de las que para vosotros fueron más conseguidas?

Mesa: mis esculturas están labradas en la última década de mi vida.

Mena: igual que mi *Laberinto* y mis poemas más logrados.

Mesa: pero las mías son imágenes materiales, labradas, sobre manera, con las manos y el corazón. Las tuyas, amigo, más con la cabeza y con imaginación desbordante.

– Y los dos –intervine yo– educadores del pueblo y los dirigentes; del trabajador humilde y sin estudios y de grupos elitistas y entendidos. Comprometidos los dos. Los dos responsables y conscientes de vuestro quehacer para multitudes. Ambos cristianos sin doblez, los dos ascetas...

– No creas, me contó Mena, que para algunos yo debí de ser demasiado socarrón e incisivo.

– Lo que acentuaste fue el sentido moralizante de tus diatribas y consejas. En ocasiones te pareces a Catón y te asemejas a un predicador. ¿O no?

– Y ¿qué iba yo a escribir sino críticas contra los corruptos que eran muchos y de alto rango?. Mesa se sirvió para aleccionar al pueblo de las tallas de los más grandiosos ejemplares de la cristiandad. Sus Cristos y Vírgenes llovieron a raudales angustias y méritos, trabajos y esperanzas, lágrimas de ternura y redención; contribuyó con ello a un sentir religioso nacional, pasmo de visitantes y turistas.

– Total, que yo os imagino a los dos: finos, sobrios, trabajadores, constantes. Entusiasmados con vuestro quehacer artístico. Casi transparentes, proyectaríais vuestra silueta hasta Góngora, el Duque de Rivas, Romero de Torres o Manolete..., dejando sabor a seriedad amable, a caballerosidad gozosa. Los dos pacifistas.

– Mi poeta, saltó Mesa, más que yo. Pues él fue beligerante con su literatura, un auténtico luchador por la paz y la justicia, la honestidad; el amor a la patria...

– Lo que sí puedo deciros es que trabajé siempre por una poesía testimoniante, nueva y vital.

– Entonces, argüí yo, lo mismo hizo Mesa, en la plástica, con un realismo y un expresionismo sereno, el movimiento, el atuendo acicalado y vivo, la hondura de ojos que hablan, el hablar de las manos, la textura y el encarnado de los cuerpos, con intensidad de vibraciones y sentimientos que nos hace recordar el helenismo de Lisipo.

– Juan de Mena: mi ideología comenzó siendo medieval y terminó renacentista. La mía –dijo Mesa– empezó renacentista con resabios de manierismo, y, fundándose en Trento y la Contrarreforma, terminó en un claro y propio barroco que mostraría la fuerza del sentimiento popular y piadoso.

– O sea, el educador moralista poético y el imaginero místico, concluí yo. Pero seguid, aportando datos.

Juan de Mena: Sí, seguiré, detallando algunos puntos particulares sobre mi *Laberinto de Fortuna*. Morfológicamente está lleno de duras sintaxis, de exagerado hipérbaton, que heriría más tarde los oídos de Menéndez Pelayo. Pero ese señor no estaba en mi piel, entretejida con retazos de Ovidio, Virgilio o Lucano, a quienes leía con avidez. Con mi estilo di pábulo a mi coterráneo Luis de Góngora, el cura poeta que abriría puertas al Modernismo.

Quise imitar a Lucano, el sobrino de Séneca, fraguando una nueva lengua. En prosa escribí bastante; en ocasiones una especie de ensayos o semblanzas, como aquello de *Memorias de algunos linajes antiguos e nobles de Castilla*. Mi afecto al latín era tan notorio que Santillana advirtió a quienes me iban a leer: “Si con Joan de Mena fablases a solas latino sermón razonarías”.

– Yo sé de muy buena tinta, interrumpí, que abundabas en la lectura de autores selectos y de diversa razón y contenido como Valerio Máximo, Salustio, Plinio, Justiniano... Eras conocedor de las obras de S. Agustín, de la *Etimología* de San Isidoro de Sevilla; y de Santo Tomás de Aquino y de San Anselmo, que mucho te valieron para tus obras moralizantes... Tu preocupación por esos problemas llegó en ti a ser una verdadera obsesión).

Juan de Mena: Sí, leía autores de todo tipo, extranjeros, italianos particularmente. Después del *Laberinto*, el poema más simbolista es *La Coronación*, que llamé *Calamicleos* (que quiere decir “miseria y gloria”. Es una exaltación de Santillana.

Estilismos, aliteraciones, caprichos literarios y conceptuales están sembrados en toda mi obra poética. Principalmente en el famoso *Debate de la razón contra la voluntad*.

– Sí, qué jugo intelectual y qué claridad, pese a tu culteranismo (¡y ensalzarán luego con fanfarronerías los franceses su siglo de las “luces”: tú lo barruntabas”). Tú comentabas, al hablar en tus elucubraciones sobre la razón:

“La su relumbrante cara / y su gesto cristalino
reparten lumbre muy cara / por todo el aire vecino”.

– Recuerdo, continuó el gran vate, que hicieron mella mis descripciones de los vicios, en concreto, el de la envidia, tan nuestro ya en el siglo XV:

“La sexta cara matiza / de color de la ceniza
traspasada y carcomida; / de sus ojos combatida,
de bien ajeno doliente / y mal de bueno accidente,
sana, y de dentro podrida...”.

Y tuve, en ocasiones, una agrídulce melancolía que traspasaba a mis versos.

“Breve don es fermosura, / por poco tiempo prestado;
en momento arrebatado / se fuye toda figura”...

No debió de gustar mucho a las damiselas de mi tiempo. Pero no lo podía remediar. Alguien podría llamarme segundo Séneca. Di ocasión a obras como “el teatro del Mundo” de otro famoso cura venidero, D. Pedro Calderón de la Barca:

“No aprovechan los saberes / nin las artes nin las mañas,
nin proeças nin fazañas / grandes pompas nin poderes,
grandes casas nin averes, / pues que todo ha de quedar,
salvo sólo el bien obrar, / muerte, cuando tú vinieres”.

– Tuviste, más que yo de manierismo, tus resabios de la edad media, continuó Mesa, cuando en uno de tantos ensayos, titulabas “Deçir que fizo Juan de Mena sobre la justicia e los pleitos e de la grant vanidad de este mundo”. Por más que en el *Laberinto* y en la cantidad y variedad de tus coplas nos introdujiste en un renacimiento pujante e inquieto, influyendo en tus coetáneos y en los venideros poetas.

Lo más sobresaliente del siglo XV, apostillé yo. Y tú, Juan de Mesa, lo más estupendo del XVII. Y, conforme íbamos acercándonos a S. Pablo, invité al gran escultor a que definiera y detallara algunas de sus tallas. Yo mismo insinué, ante los dos, sus partos más preferidos: para Juan de Mena, el *Laberinto de Fortuna*, y para ti (y me dirigí a Mesa, el grupo de la Virgen de las Angustias, con su Hijo muerto en el regazo ¿no es verdad?).

Juan de Mesa, sin responder directamente, inició una explicación de algunas de sus principales imágenes.

– Los diez últimos años de mi vida fueron los más activos, casi febriles. En ellos terminé (por resumir) los dos nazarenos:

Jesús del Gran Poder.– Esta imagen la hice para vestir y pasear por las calles de Sevilla. Recé mucho y me sumergí en el incesante trabajo de gubia y lijas, de tallado y modelado casi a dedo. Jesús lleva la cruz al hombro. Quise imprimir toda la fuerza del dolor sereno de la mirada amorosa y redentora, del imponente respeto, del diálogo de los labios divinos interpelando suavemente al pueblo. Sé que produjo tal impresión que logró congregarse, a través de los años a Sevilla entera, ilusionada y compungida. Se atribuyó durante mucho tiempo a mi maestro –durante breve tiempo– Martínez Montañés, y aún hoy día algunos creen que fue él su autor; pero, salió de mis manos; todos los rasgos lo atestiguan. La hice en 1620, siete años antes de mi muerte. Mide 1,81 ms. Y si quisierais saber más detalles, podéis consultar los escritos de D. José Hernández Díaz, ilustre sevillano enamorado de mi arte y que sacó a la luz pública muchas obras mías, ocultas o atribuidas a otros escultores...

Jesús Nazareno. Iglesia del Espíritu Santo. La Rambla, provincia de Córdoba. Lo realicé dos años más tarde y de seguro que los rectores de esta iglesia de mi tierra me lo encargaron, visto el éxito del anterior. Este mide 12 centímetros más. Jesús va caminando. Aunque es talla para vestir la terminé bastante bien. Cuerpo firme, muslos poderosos, velados en parte por el “pañó-sudario”; manos, como una segunda faz que expresa el dolor y el amor con que el Nazareno va al suplicio.

Con la cruz (maderos redondos y tallados), coronado por los brezos espinosos que se trenzan estilo sierpe, hiriendo frente, ceja y orejas. Sangrando parcamente, pues recordaba yo entonces el famoso refrán artístico “a mal Cristo mucha sangre...”. Los pies, bien asentados sobre el suelo tallado, como quien va seguro a donde quiere, por amor, aunque sea a la muerte, pues lleva ganadas todas las cartas de Divino Redendor de los hombres. El rostro ahí está, con sus ojos semiabiertos, indagantes con ternura, ciertos del amor que el corazón lleva dentro, nariz afilada, labios suavemente dialogantes; la misma barba hendida y a la vez puntiaguda invita a la conversación sosegada y amorosa: muchas veces hablé con El. Y me contestaba manso y humilde, como un cordero. Creo que superé en finura de gubia e intensidad de contenido el llamado Nazareno del Gran Poder. El contrato de este Nazareno se conserva perfectamente.

– Sí, interrumpí yo. He visto con mis propios ojos este contrato, una de cuyas cláusulas dice: “Yo, Juan de Mesa, escultor,... me obligo de hacer una hechura de un Cristo con la cruz acuestas..., ha de ser el cuerpo de madera de pino, y la cabeza, pies y manos de madera de cedro...”. Esto lo decías y firmabas el 1 de abril de 1621.

– Estos dos, que he detallado, son Nazarenos. Labré unos cuantos Cristos Crucificados, como el Cristo del Amor, para la parroquia del Salvador, en Sevilla; fue la realización de éste a partir de mi breve aprendizaje con Montañés; por lo mismo en él se reflejan rasgos, estilo e influencias del que todos dicen que fue mi maestro. Yo hice una imagen procesional conforme a las vivencias de entonces, basadas en la doctrina de los Padres del Concilio de Trento y la piedad popular.

Labré con particular empeño un Cristo que me pidieron los PP. Jesuitas y que iría más tarde a la Capilla Universitaria. Mide 1,76 ms. Puse tal interés que superé la fuerza y expresividad del anterior. Claro que me acuciaba el estar rodeado de artistas de gran talla, como Montañés, Ocampo, Oviedo y Cano, Velázquez, Zurbarán o Herrera y Roelas. ¡Menudos ejemplares!. Por eso, al fin, dije “que hice y acabé, tal y tan bueno como pide el arte”... La cruz es redonda, imitando un árbol al natural. El sudario amplio y minucioso, con cordón labrado con esmero, dejando ver la parte derecha del cuerpo totalmente, desde la coronilla de la cabeza (no tiene corona de espinas) hasta los bien definidos dedos de los pies. Es como la paz misma remansada en el dolor redentor aceptado, como la victoria de la humildad y obediencia sobre todos los orgullos y violencias humanos. Lo llamaron siempre el Cristo de la Buena Muerte; y lo ha tenido siempre como ejemplo; guía; y modelo de la turba estudiantil.

– Más acabado todavía, y enhiesto, vivo, sobre la cruz, terminé un Cristo, llamado de la Agonía. Me comprometí con el contador de S.M. del Desempeño y Alcabalas, D. Juan Pérez de Irazábal, que lo donó a la parroquia de San Pedro, en Vergara (Guipúzcoa). Es el más grande que he esculpido: 2,18 ms. Es de parecida factura al anterior, pero con más vida, brazos más abiertos, con corona de espinas y el lado izquierdo desde la mano a los pies, totalmente descubierto.

– De éste, seguí yo, dice D. Juan Hernández Díaz, tu biógrafo: “¡Maravillosa versión imaginera, respondiendo a las prescripciones de la pastoral conciliar! Imagen de ayer, de hoy y de siempre, las generaciones cristianas verán en él la interpretación ascética del Crucificado...”.

– Yo diría que la mística entra y sale por los poros de ese cuerpo en el que se nota la respiración, los latidos últimos y más veraces, la vida que va apagándose para encender la vida verdadera en todos los redimidos.

Es impresionante, evocador.

– Pues, sí, era el mío un barroco expresivo y sereno, con el dolor contenido, meditado, pero sin masoquismos. Fuertes brazos y pronunciadas axilas, músculos salientes y macizos. Podrían adivinarse los contornos musculares, las venas, las magulladuras, las vértebras, los pálpitos; el languidecer último y el supremo estertor pensado y asumido por el Cristo tan nuestro y cercano, contrario a todo jansenismo, más nuestro que la propia calle, como nuestro sufrir diario.

– Realmente, exclamé, te metes en nosotros con tus Cristos, tus Nazarenos. Aunque no podamos, en atención a la brevedad, fijarnos en tallas de Vírgenes y santos, he de manifestarte, y Mena creo estará conforme, que me impresionaron las caras de tus Juanes. El San Juan Bautista que conserva el Museo actual de Bellas Artes de Sevilla para mí que es un perfecto autorretrato. La cara es todo un poema en la fuerza del mirar, el rostro sereno –perfecto el diseño y los perfiles, modelado primoroso, cabello que concreta tu barroco movido y elegante, el alma en fin asomada a esta faz debía de ser tu alma.

– Pero, entremos, con el respeto que vosotros pedíais, en las obras que nos dejasteis, a este templo. Lo mandó construir S. Fernando, una vez reconquistada Córdoba.

(Si para Mena, *El Laberinto* fue su obra cumbre, dinos si para ti, Juan de Mesa, lo fue “La Virgen de las Angustias”. Vas a contemplar en esta iglesia, en la nave lateral derecha, el grupo que ha dejado absorta a Córdoba entera durante siglos. Estuvo muchos años en la iglesia de San Agustín, y vino a S. Pablo hace treinta años).

Se encendieron las luminarias del altar lateral y apareció esplendente el grupo de Madre e Hijo. Ella, llena de Angustia y dignidad, de ternura y belleza; El, inerte, neto cuerpo divino en abandono total sobre el regazo más sublime de mujer, como diciendo Sí y coronando definitivamente el Sí que ella dio en la encarnación de Dios.

– Ah, exclamó Juan de Mesa embelesado. Fue esta mi póstuma creatura y mi último abrazo con mi inigualable Córdoba. Qué cariño, cuánto esmero, cuántas preces y esperanzas albergué en mi corazón ya herido de muerte. Recordé más de una vez a Miguel Ángel, yo quería superarle, al menos en sentimiento humano y piadoso. –Lo conseguiste en “madera”, más caliente y tierna que todos los mármoles, le interrumpí.

El siguió: Me sorprendió la llamada de Cristo, terminando esta imagen de Jesús muerto en brazos de su Madre; me faltaban dos o tres días de trabajo. Estaba con la gubia a punto, sacando fuerzas de flaqueza, perfilando fatigosamente los últimos detalles. Ya iba a acabar, cuando oí claramente dentro de mí la voz del Maestro Nazareno: “Ven, Juan de Mesa, ven, nos terminarás en otro sitio mejor. ¿Mejor que en mi Córdoba, respondí yo? Sí, en mi paraíso. Y aquí, en tu Córdoba, este pequeño paraíso de la tierra, tu nombre y tu obra final. Y me apetece que este grupo quede marcado con el nombre de mi Madre: Virgen de las Angustias”.

(Y morí en el año 1627, a mis 44 años cumplidos).

Nos postramos ante la imagen más maravillosa del sur de España, y de mi alma se escaparon estos versos, que Mena y Mesa, sin hacer ningún gesto displicente, con toda comprensión, como los genios, escucharon atentamente:

Milagro del cincel, viviente leño;
sorpresa del espíritu a raudales,
ataviando en esbozos divinales
el rostro, la congoja y el empeño.
En tus manos de luna, todo un sueño
de luto, Madre, mima este retablo;
grita tu Cristo yerto en su vocablo
de penosa dulzura, y son tus ojos
estrellas que hacen rosas los abrojos
en la plácida nave de San Pablo.

Virgen de las Angustias te proclamas
y aireas por tu Córdoba el gemido.
Sabe a patio y a plaza tu latido;
sierra, almena, mezquita son tus llamas.
Cuando mires, sabremos que nos amas
a mares, y que bruñes nuestro suelo.
Tu sonrisa de pena y de desvelo
resucita las locas flores mustias:
el rumbo señorial de tus *Angustias*
nos las cambia en estrellas de tu cielo.

EN TU CIUDAD.

Calle Nueva, o la anchura del delirio.
Tendillas, Gondomar, las Avenidas;
bullicio de las horas y las vidas.
Calle oscura, secreto, arteria y cirio:
calle hecha a martillazos de martirio:
vive y mira y canta a tu Sultana
que –en sus brazos de noche– la mañana
sale de labios de su Cristo muerto.
Pues, te gustan las flores de mi huerto,
quédate Madre, en tu Córdoba lejana.

Impresionados los tres salimos de San Pablo, camino de la Corredera.

Y ya que habéis comentado algo de vuestra vida y cometido en esta tierra, decidme algo, si lo recordáis, de vuestra salida de ella.

El mejor vate del siglo XV terminaba así su semblanza:

– De mi extraña muerte se habló mucho. Alguien dijo que fallecí de un terrible mal de costado. Otros que, yendo a Torrelaguna cabalgando en una mula, ésta me tiró y me arrastró por el suelo hasta dejarme sin sentido. Me recogieron y atendieron en dicha ciudad, pero no hubo remedio para mí, y allí me sorprendió la hermana

muerte y me enterraron cristianamente como correspondía a mis consejas morales y a mis vivencias de cristiano. Pagó mi sepultura mi amigo y poeta el Marqués de Santillana. Más tarde me trasladaron a Madrid. Allí quedaron mis restos, haciendo constancia en la capital de España de que también Córdoba tuvo que ver mucho en la andadura cultural, social y religiosa de nuestra gran patria.

– Pues yo, concluyó Juan de Mesa, adolecí siempre de precaria salud. Me pegó fuerte durante años una tuberculosis mal curada que dejó en mi talante entero huellas de amargura contenida, de saber de penas y cruces. Todo ello, llevado con la paciencia cristiana y la lectura de los libros sagrados, el ambiente conciliar y de la contrarreforma influyó poderosamente en mí para plasmar el sufrir cristiano, para modelar Cristos y Vírgenes que impregnaran a toda Andalucía de religiosidad auténtica que abocara a una grandiosa Pascua de Resurrección.

Estaba precisamente concluyendo el grupo de “Las Angustias”, cuando sentí la llamada de Dios, como os he contado. Sé deciros que mi queridísimo discípulo Felipe Hernández de Ribas pagó mi sepultura, y que quedé en paz con todos mis acreedores, siendo el último mi oficial Manuel de Morales. Otro oficial, Miguel de Descurra se había comprometido a vivir en mi casa y a trabajar en mi taller, donde aprendían Juan Vélez, Lázaro Cano y otros jovencitos, discípulos muy queridos que, con mi muerte quedaron hartos desconsolados.

En los tiempos que corren, sé que tiene mi nombre la calle donde nací, y que la cofradía de mi grupo predilecto, “Las Angustias”, ha labrado primorosamente una placa conmemorativa en mi pasado centenario.

– Pues, ya llegamos a tu calle, gran escultor, evangelista plástico del dolor de Cristo y de su Madre. Ahí está la plaza de la Almagra, un poco más allá, la ermita de la Virgen del Socorro, que sigue, desde siglos, animando el mercado cordobés, más allá, San Pedro, y el cementerio de San Rafael... a 400 kms., Madrid, a donde llegaron vuestras obras. Madrid conoció y conoce el “Cristo de la Buena Muerte” de Juan de Mesa y muchas de tus coplas y tu *Laberinto*, Juan de Mena. Y recordad que Madrid todo el 1992 ha sido Capital Europea de la Cultura.

Los despedí. Nos fundimos los tres en un abrazo. Dejaron en mi ánimo la firme decisión de trabajar por Córdoba, por esta entrañable ciudad que sabe parir tan buena gente.

Volví, por el mismo camino a San Pablo, resumiendo en mi cabeza y hablando a solas:

Juan de Mena, nacido en Córdoba, en 1411.

Juan de Mesa, nacido en Córdoba, en 1583.

Juan de Mena, artista de la pluma.

Juan de Mesa, artista de la gubia.

Los dos huérfanos desde su niñez.

Los dos en su tierra hasta los 23 años.

Juan de Mena, marcha a los 23 años para Salamanca y Roma.

Juan de Mesa, marcha a los 23 años para Sevilla.

Los dos tienen el mismo nombre.

Los dos tienen casi idéntico apellido en forma y significado.

Los dos, parejos en su vida de formación recia, su sacrificio; tanto que nos hace pensar que hasta en el físico llevaban la impronta similar.

Los dos con cualidades afines en el espíritu. Pensativos, asiduos lectores de los clásicos, de los literatos o intelectuales y artistas de su tiempo.

Juan de Mena, formador y educador moralista.

Juan de Mesa, formador y escultor místico.

Juan de Mena une el medioevo con el primer Renacimiento, literaria y poéticamente.

Juan de Mesa enlaza el anterior período de renacimiento y manierismo con un fino, escueto y vibrante barroco.

Juan de Mena en olor de multitudes, particularmente en la élite, con altibajos, hasta nuestros días.

Juan de Mesa, en olor de multitudes –aunque fuera escondido, a través de sus maravillosas imágenes.

Juan de Mena, leído en sus muchos escritos.

Juan de Mesa, leído – entre líneas– en sus devotas tallas.

Los dos, después de excelente formación, nos legaron sus inmortales obras en la última, prácticamente entre los 34 y los 44 años, década de su vida.

Los dos mueren, después de una gran producción artística, a los cuarenta y cuatro años cumplidos.

Los dos cordobeses confesos y practicantes hasta la más viva entraña.

Y me quedé paladeando: Dos vidas ejemplares. Dos vidas *admirablemente paralelas*.

Al llegar a mi celda conventual, me encuentro con una carta de la ciudad. Era la misiva del Ilmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Córdoba y de su Ilmo. Sr. Secretario. Me comunicaban que, a propuesta del M.I.Sr. D. Pablo Moyano Llamas, era designado Académico Correspondiente de Bretó de la Ribera (Zamora). Impresionado y agradecido por tal dignación, pergeñé este ensayo –para mi ingreso– sobre los dos geniales cordobeses que –figurada, pero muy realmente– me habían introducido ya en esta incomparable ciudad. El refrán dice: “No con quien naces, sino con quien paces”. Yo en Córdoba no he nacido, pero en Córdoba he pacido durante mucho tiempo; ni social, artística, religiosa o familiarmente recuerdo haber tenido ninguna mala digestión.

Prometo seguir bregando por mi segunda patria. Mi ilusión es seguir buscando, en mis esculturas o en mis versos, al Hombre más Divino, al Dios más Humano, que puede congregarnos a todos:

Estoy labrando, en mágico relevo,
un ser que lleve estrellas en su frente,
un ser que, con astillas de la mente,
mantenga el corazón ardiendo y nuevo.
Me mira la madera y me estremece
con acentos de gozo y de ternura:
¿cómo será mañana mi andadura?;
la faz de ese hombre nuevo me enloquece.
Es la buena noticia la que llega
al alba, al mediodía y al ocaso,
al instante del triunfo o del fracaso,
al amor de la siembra o de la siega;
envuelto en ella voy, Jesús amigo;
sé que, esculpiendo seres a destajo,
lanzando a todo viento mi trabajo,
alguna vez me encontraré contigo.

He dicho. ¡Gracias!